



REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 2.º—NÚMERO 46.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada.—1876.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redacción y administración, calle del Barro del Campillo, núm. 45.

SUMARIO:

Lacasa de Nazaret, de la Revista Los PP. Corazones.—
A Isabel la Católica, poesía, por don Francisco Díaz Carmona.—Solo un Dios y solo un culto, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—Variedades.

LA CASA DE NAZARET.

Una mujer ni muy joven ni anciana, cuya fisonomía revelaba dos cosas, bondad de corazón y ternura maternal, se hallaba sentada junto a la ventana de su aposento, aprovechando los rayos del crepúsculo para no perder un punto de su labor. La silla que le servía de asiento era algo bajita, por lo cual sus tres hijos habían podido agruparse a su alrededor y aun apoyarse en sus rodillas, cada uno en posición distinta; pero todos estrechamente adheridos a la narradora, no sé si por no perder palabra de una historia que les refería, ó si atraídos por aquel dulce calorcito que sentíamos cuando niños al arrimarnos al regazo de aquella santa mujer que llamábamos madre.

Si el grupo era interesantísimo, la historia lo fué más. Héla aquí:

—Ya sabeis, hijos míos, que el Niño Jesús después de hallado en el templo se volvió a Nazaret en compañía de la Virgen santísima su Madre, y de San José, á quien Él llamaba padre porque le prestaba los oficios de tal.

Cierta día estaba el buen José en el taller clavando los travesaños de una puerta que un vecino le había encargado: la madera estaba dura, la puerta era sólida, y el Santo descargaba tan recios golpes, que antes de concluir su trabajo brotaba de su frente un copioso sudor.

Sin duda las gotas de aquel sudor debían ser muy preciosas, porque un Angel que estaba junto á él las iba recogiendo con mucho cuidado en una tacita de plata, donde caían convertidas en brillantes perlas. Después, cuando el Santo murió, los Angeles le ciñeron una corona cuajadísima de perlas de un valor muy exquisito, las cuales tienen una secreta virtud para inclinar el Corazón de Jesús en favor de los que trabajan, y sudan, y lloran en el Señor. ¡Benditos nuestros trabajos y sudores, y benditas nuestras lágrimas, hijos míos, porque perlas son que los Angeles guardan para entretenerlas en la corona

que Dios nos depara en el cielo!

San José no veía aquel Ángel, ni sentía el sudor que inundaba su frente; pero veía cerca de sí al Niño Jesús, y sentía en el fondo de su corazón una voz dulce que le decía: *Venid á mí los que trabajáis y estais cargados, y yo os aliviaré.* Bien sabía el Santo quien era el que hablaba tan secretamente á su corazón, y sin embargo, el Niño Jesús continuaba, como suele decirse, en *hacer que hacemos*, sin despegar los labios; ¿y sabéis lo que era? Era que en aquella casa muchas veces la lengua estaba muda y los ojos estaban modestos; más los corazones se hablaban, y se entendían, y se decían cosas tan secretas y tan delicadas, que no pueden decirse con la lengua, ni aún con los ojos, que muchas veces hablan mejor. Cuando los niños son muy buenos, muy buenos, el Corazón de Jesús habla á su corazón; y entonces conocen un poquito cuán dulce es hablar con Dios, aunque la lengua esté muda y los ojitos modestos.

El Niño Jesús estaba con José, y no pudiendo ayudarle todavía de otro modo, le iba ofreciendo uno por uno los clavos para la puerta, los cuales sacaba de una cajita de madera que sostenía con su brazo izquierdo, oprimiéndola contra su tierno pecho. El buen José los iba tomando y clavando, bien lejos de sospechar por qué el Niño Jesús tenía tan arrimadita al Corazón la caja de los clavos.

Presentóse en esto la Virgen María en el dintel de la puerta que ponía en comunicación el taller con el interior de la casa. Estaba tan hermosa y tan modesta y celestial, y la expresión de su rostro era tan pura, y sus ojos y sus labios eran tan dulces... tan dulces... que solo podían compararse con ellos los ojos y los labios de aquel Niño, que era un vivo retrato de su Madre.

Al ver la virgen á su Hijo con un clavo en su mano deracha y con la cajita á su izquierda, no sé lo que le diría su Corazón, pues se estremeció de pies á cabeza. Era que había adivinado por qué el Niño Jesús tenía tan cerca del Corazón la cajita de los clavos.

En aquel momento de mortales angustias oyó que resonaba en su corazón el eco de estas palabras: *Padre, si no puede pasar este cáliz sin que lo beba, hágase segun tu voluntad, no segun la mia;* y la Virgen levantó los ojos al cielo con una resignación inmensa, y su Corazón quedó tranquilo, porque Jesús y María, si se parecían en el rostro, se parecían mucho más en el Corazón. En el instante en que la

Virgen levantó los ojos al cielo, un Querubín de los que están ante el trono de Dios, puso en su incensario de oro un grano de incienso cuyo aroma fué recibido en olor de suavidad. El sacrificio de María había sido aceptado.

Exteriormente pareció que nada había sucedido; así es que la Virgen santísima que se había presentado al dintel de la puerta porque necesitaba á su Hijo, con una voz tan dulce como sus ojos y sus labios, le llamó por su nombre:

—Jesús.

¿Verdad, hijos míos, que este nombre es muy dulce? Pues mucho más lo era en los labios de María. Yo no sé qué gracia especial tenían para pronunciarlo, que nadie, ni aun los Santos en los momentos de más fervor, saben hacerlo como Ella: parecía que aquellos labios se habían hecho para aquel nombre, ó aquel nombre para aquellos labios.

—Madre,—respondió Jesús con una expresión tal de cariño, que el corazón de otra madre nunca ha oído cosa igual, ni la puede oír, hijos míos, puesto que si contestáseis á vuestra madre con tanta ternura, pronto no tendríais madre... porque me moriría de gozo.

Contestar á su Madre y seguirla al interior de la casa fué obra de un momento. Lo que allí pasó nadie lo puede decir; pero puede suponerse al ver que después de algunos momentos reaparecía el Niño Jesús con un cantarillo en la mano, y en sus labios la más delicada sonrisa. Los Angeles que le rodeaban se espantaron de tanta obediencia; y por ver á Jesús tan dócil quieren tanto á los niños que lo son, que les bendicen y les llaman sus hermanitos; y dicen bien, porque son hijos de un mismo Padre y sirven á un mismo Dios.

Al pasar por el taller se detuvo el Niño delante de José, cruzó los brazos sobre el pecho, y se inclinó un poquito como para pedir la bendición. José, turbado, impuso sus callosas manos sobre la rubia cabecita del Niño, y le dijo con acento que revelaba una profunda emoción: *Bendito eres, Hijo mío.* Después tuvo necesidad de llevar sus manos al corazón, que parecía querer saltarle del pecho.

El Niño se alejó con el cantarillo en la mano, y José se quedó mirándole hasta perderle de vista. Es fama que en todo este espacio de tiempo no dió un solo golpe á la puerta, porque el martillo se le había caído de las manos.

(Concluirá.)

À ISABEL LA CATÓLICA.

Perdona ¡oh noble matrona!
Reina ayer del pueblo hispano,
Si hoy el sepulcro profano
Que tus restos aprisiona.
Junto al mármol que pregona
De tus virtudes la alteza,
Quiero inclinar mi cabeza,
Quiero doblar la rodilla,
Quiero.... llorar de Castilla
La ya pasada grandeza.

Aquella nacion altiva
De Pizarro y de Cortés,
Aquella que vió á sus piés
Toda la tierra cautiva,
Cuya historia, mientras viva
El hombre sobre la esfera,
Brillará imperecedera
De los pueblos en memoria,
Sin que se oponga a su gloria
Ni limite ni frontera;

Yace aquí tambien sumida
En sueño igual á la muerte,
No hay nadie que la despierte
Y la devuelva á la vida;
Cayó con ella abatida
La enseña de nuestra fé,
Y aquel gran pueblo que fué
De dos hemisferios dueño,
Tambien yace en hondo sueño
De tu sepultura al pié.

Fama, honor, gloria y grandeza
¿Dónde están? ¡Oh patria mia!
Insignias de bastardia
Desfiguran su belleza;
Ciñó un tiempo su cabeza
Diadema real, vencedora
Vió á sus piés la raza mora
Rindiéndola vasallaje,
Y hoy.... ultraje tras ultraje
Sus ignominias devora.

Dejad que estalle mi canto
Con lúgubre inspiracion:
Dejad que mi corazon
Rompa en torrentes de llanto;
Suelo de mi patria santo,
Fé de mis padres sagrada,
Héroes de mi España amada
Que sujetos á la ley
De Religion, Patria y Rey
Conquistásteis á Granada.

¡Salud! no espereis que sea
La que ensalce vuestra gloria
Raza que lleve en su historia

La marca infame de atea;
Quien no espere, quien no crea
En Dios, su patria no ama,
El corazon no se inflama
Con un vano patriotismo;
¡Solo enciende el heroismo
De la religion la llama!

¡Vedla aquí! débil matrona
Fué Isabel; sus obras grandes:
Del Pirene hasta los Andes
Su fama el viento pregona;
De los héroes la corona
Su régia frente circunda
La luz que su gloria inunda:
No cabe en la tierra entera;
Fué en el nombre la primera
Y en grandeza sin segunda.

Faltó espacio á su memoria
En un mundo, y quiso Dios
Darle en recompensa dos,
Donde brillara su gloria;
Dobló, al escuchar su historia,
América la cabeza
Al yugo, cantó la alteza
De las glorias españolas....
Y el mar acalló sus olas
Mudo ante tanta grandeza.

Oh! si sangre castellana
Circula por vuestras venas,
Si de la patria en las penas
Llanto en vuestros ojos mana,
¡Llorad! Ya es ceniza vana
Todo, todo negras ruinas!
Sobre escombros te reclinas
¡Oh España! ayer tan potente;
Corona ciñe tu frente,
Pero es corona de espinas.

En esa tumba se encierra
Nuestra gloria que pasó,
Pueblo que al mundo admiró
Hoy yace postrado en tierra.
Sus hijos en son de guerra
La infieren sangriento ultraje,
Y tras el mar, con coraje
Rebeldes otros reniegan
De su historia, y aun la niegan
Obediencia y vasallaje.

¡Oh! vuelve africano rayo
Á la española region;
No es esta ya la nacion
De Covadonga y Pelayo,
En afrentoso desmayo
Yace sumida en tristeza;
De sus hijos la torpeza
Llegó hasta olvidar su historia;
No saben.... ni amar su gloria



Ni respetar su grandeza.

Adelante, tras la oscura
Noche, despierta la aurora,
Quizá la España que llora
Verá el fin de su amargura
Quizá en la cénica altura
Ruega por el pueblo esperio,
La que dilató su imperio
De Cantabria al Panamá,
Quizá para él obtendrá
El fin de su cautiverio.

¡Oh! Isabel, ¡oh gran señora
Despierta al mal que amenaza,
Á España, sea tu raza
De nuevo su salvadora;
Levántese vencedora
La patria á su voz vibrante,
Y heróico, grande, pujante
Asombre el pueblo español,
Cuantas tierras baña el sol
Del Pacífico al Atlante.

Francisco Díaz Carmona.

1872.

SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO.

Novela de costumbres.

(Continuacion).

—Jesus mil veces! exclamó el anciano dando un paso atrás, qué dices?

—Que no puedo, repitió Elena con desesperado acento; que no puedo!

D. Martin frenético, y sin hallar una explicación á aquel enigma, iba á repetir su pregunta precipitándose hácia la jóven, cuando la puerta de la estancia se abrió de pronto, y un nuevo personaje apareció en el dintel, preguntando con asombro:

—Qué es esto! qué es lo que pasa? por qué os hallo así?

El que así hablaba era Carlos que sorprendido miraba en torno, sin saber qué pensar.

—Qué es esto? volvió á preguntar dirigiéndose á D. Martin.

—Hijo, respondió este con voz firme. Sir Ricardo Dervil, ha venido á recoger de Elena los juramentos que antes le hiciera, y retirar la palabra que la tenia empeñada.

—Cómo!

—Para hacerlo le asisten sin duda poderosas razones que yo necesito saber. Poco me importa, mejor dicho aun, yo me alegro que esos amores queden rotos: pero necesito saber la causa.

Carlos se acercó á Elena, la vió llorar y sintiendo solo el dolor de la jóven, dirigió una mirada terrible á Ricardo y le dijo con acento solemne:

—Caballero, todos los lazos de amistad que nos unian, quedan desechos desde este instante. Lo que acaba V. de hacer es la acción de un miserable.

—Carlos! exclamó Ricardo.

—Hermano mio! gritó Elena.

—Repito lo que acabo de decir!

Dervil sintió un relámpago de fuego encender su frente, y el deseo de castigar aquella afrenta se agitó en su corazón.

Era el amigo sincero de Carlos, de aquel noble jóven tan digno y tan leal; pero las palabras de este no dejaban lugar á la duda en la conducta que debía seguir.

Efectivamente toda su amistad debía quedar rota: no se le llama miserable á un hombre impunemente, y Ricardo mirando á Carlos de un modo muy significativo,

—Salgamos de aquí, dijo, ya conoces que en esta casa no podríamos entendernos.

Elena lo comprendió todo!

Adivinó el sentido de estas frases, y juzgó que un lance de honor iba á mediar entre ambos jóvenes.

¡Oh! aquel pensamiento la aterrorizó.

Ricardo á quien tanto amaba, Carlos que era casi su hermano, iban quizá á perder la vida por ella, por ella que tanto les quería, y que hubiera dado su sangre toda por cualquiera de los dos.

Levantóse con ímpetu y haciendo un supremo esfuerzo,

—Carlos, dijo, yo no puedo permitir que olvides el afecto que profesabas á Ricardo: yo no puedo permitir que la cadena de vuestra amistad desligue sus eslabones.

—Calla, Elena, su conducta....

—Su conducta es justa!

—Qué dices!

—Que yo lo creo... que yo lo declaro así, asegurando que es mia toda la culpa.

Una amarga sonrisa plegó los labios de Ricardo. D. Martin ocultó la frente entre las manos.

Carlos quedó petrificado ante aquella declaración.

—¿Con que tú...? preguntó al cabo con acento sombrío, con qué tú...?

—Sí, yo soy la culpada, yo soy la responsable de esta ruptura inesperada: Ricardo ha obrado lealmente, y le devuelvo su palabra, considerándole libre de ella!

Carlos oía á la jóven procurando adivinar el

misterio que envolvían sus frases; pero sin que su alma dudara por un instante de su intachable virtud.

Ricardo, considerando ya inútil su presencia allí, iba á retirarse acaso, cuando D. Martín levantándose de improviso,

—No, dijo; no se irá V. sin haberme explicado antes....

Dervil se detuvo, y dirigiéndose á la jóven,

—Elena, murmuró, ya ves que este anciano me interroga....

—Oh! que nada sepa, que nada sepa por piedad! exclamó la pobre niña desesperada, y temblando ante la idea de que su abuelo sospechase la existencia de su padre, á quien tanto aborrecía.

Ricardo, entonces, dió algunos pasos más, y desapareció de la estancia sin que nadie intentase detenerle.

Cuando ya quedaron solos, D. Martín cogió el brazo de Elena, y apretándole con violencia,

—¿Pero no has oído, dijo, que ese hombre te acusa? ¿no has oído que ha sembrado con sus palabras la duda en mi corazón? dónde has pasado las horas de esta mañana? dímelos, dímelos!

—No puedo! respondió Elena con voz débil: no, no puedo.

—Ninguna mujer honrada oculta sus acciones si no tiene que avergonzarse de ellas! por qué callas, pues? por qué callas?

—Ay de mí! porque Dios lo quiere!

—Y no hablarás?

—Antes perderé la vida!

D. Martín loco de furor iba á levantar su mano sobre la pobre niña que muda y resignada aguardaba en silencio el golpe, pero Carlos se interpuso, y el anciano tuvo tiempo de detenerse y exclamar.

—Qué iba yo hacer? ¿qué cuenta daría á su madre algun día?

Y salió de la estancia seguido de Carlos que murmuraba á su vez:

—¿Será posible que su pureza y su amor á ese hombre, ocultasen una infame mentira!

En cuanto á Elena, tan aturdida estaba por tan inesperados golpes, que no reparó siquiera en que había quedado sola.

Dervil entre tanto había vuelto á su morada, y se dirigió á su habitación para reflexionar seriamente en lo que acababa de sucederle.

Al verle, y antes de que pudiese penetrar en su despacho, un criado se le acercó, y en una pequeña bandeja de plata le presentó algunas cartas que el jóven tomó distraído.

—Es el correo de Londres? preguntó maquinalmente.

—Si señor: le contestó el criado esperando sus órdenes.

—Está bien, dijo Dervil, déjame solo.

Aquel hombre desapareció, y Ricardo, con las cartas aún en la mano, se dejó caer en un sofá.

—De mi padre, murmuró fijando sus ojos en el sobre escrito de una de ellas; de mi padre! Oh! he aquí el amor en que no hay falsedad, he aquí el cariño verdadero. Un padre no miente nunca: no tiene mas sueño que nuestro bien, ni mas afán que nuestra felicidad.

Y rompió el sobre, buscando quizá instintivamente una esperanza ó un consuelo.

Uno de los párrafos de aquella carta, decía así:

«Hijo mío, soy muy anciano ya, y mi única ambición es ver antes de morir perpetuado nuestro nombre: en mi anhelo por verte dichoso, te he elegido una esposa, llena de virtudes, de juventud y de hermosura, y que satisface todos mis deseos. Esa jóven, perteneciente á nuestra nobleza, y criada con la rigidez de la educación inglesa, tú la conoces, tú la tratas, y aún creo que la amas, según me dice su buen padre, que conocía ya hace tiempo mis proyectos: sin esta creencia jamás te hubiera impuesto mi voluntad.

»Fanni de Montalvan y Walton es la elegida por mí, para llevar tu nombre, y yo te ruego que tornes en breve á mi lado, trayéndome una hija más. Ven, pues, Ricardo, tu madre está enferma, y desea veros antes de morir, como yo á mi vez deseo poder bendeciros también.—Guillermo Dervil.»

Ricardo leyó esta carta dos ó tres veces, y permaneció pensativo por largo rato.

—Está bien, dijo al cabo: complaceré á mi padre, mis atenciones con Fanni han hecho creer á Montalvan que la amo.... y quién sabe? por ventura no se inclinó hacia ella mi corazón desde el día primero que la ví? por el nacimiento, por la posición, por la riqueza, esa es la mujer que corresponde á un descendiente de los Dervils. Si; Fanni me hará dichoso. Mas digna, mas elevada que Elena, no es por cierto menos hermosa! Oh! estoy resuelto! harto tiempo he fluctuado, harto tiempo he vacilado entre las dos. Si anoche me sentí mas inclinado á Elena, no era el corazón, era el orgullo el que me impulsaba! era una ilusión que hoy ha desaparecido á la luz de la razón. Oh! Fanni es la esposa que me destinaba mi padre, y la que yo debo aceptar, porque los padres no se engañan nunca cuando se trata de la dicha de sus hijos: esta carta ha venido á iluminar mi mente, y á fijar mi porvenir. Hoy mismo pediré la mano de la

que mis padres quieren llamar hija, y procuraré olvidar el pasado como un ensueño de la juventud. Una mujer que no sabe guardar la fe de sus juramentos, no sabrá tampoco guardar sus juramentos ante Dios; y solo merece el olvido y el desprecio!

Y tomando su sombrero y sus guantes salió á la calle, y se dirigió casa de Héctor.

Elena habia consumado en pró de su padre no solo el sacrificio de su dicha si no el de su nombre, el de la estimacion de Carlos, el del amor de D. Martin.

Nó: hemos dicho mal, el anciano no podia dejar de adorar á la jóven; pero al creerla culpada no podia menos de tratarla con rigor y severidad.

La frente del anciano se habia inclinado abrumada bajo el peso de aquella desgracia, y retirado en el rincon de su cuarto, ni queria ver á su nieta ni cruzar una sola palabra con ella.

Elena, por su parte, tampoco provocaba una explicacion, ¿para qué? ¿qué iba á decir en su defensa sin descubrir la verdad entera? ¿qué iba á decir, si su temor mayor entonces era que su padre y su abuelo se encontrasen frente á frente, pues conocia el aborrecimiento que este último abrigaba contra Héctor?

D. Martin, por su parte, sabia que ella habia acudido á una cita misteriosa, y que habia pasado las primeras horas de la mañana al lado de un hombre desconocido para él, y aquel paso imprudente, unido al silencio que la jóven se empeñaba en guardar, era un mar sin fondo de sospechas que desgarraban su corazon y llenaban de amargura su porvenir.

De este modo se encontraban ambos en una situacion difícil y penosa por demás.

Dos días habian pasado: Elena no habia vuelto á ver á su padre ni se atrevia á intentarlo.

Habia hecho por él todo cuanto podia, alejando de ella á Ricardo y callando su secreto, y esperaba resignada los resultados de todo esto.

Sola en su pequeño gabinete se hallaba, pues, á la caída de la tarde del segundo día, cuando una voz dulce y argentina se escuchó en el exterior pronunciando su nombre.

La jóven se estremeció.

Aquella voz era la de Fanni, la de su hermana. La de Fanni que apareció risueña y alegre diciéndole con tono de dulce reproche.

—¿Qué es esto, Elena? ¿es qué te has propuesto no dejarte ver?

—Yo....

—Anteayer mande por tí y me dieron una disculpa; ayer vine yo á verte con Miss Ana, y me dijeron que habias salido á hacer algunas

compras: hoy he tenido que sorprender casi á tu vieja criada para que me dejase entrar aquí.

Elena balbuceó algunas palabras de disculpa; efectivamente, en aquellos dos días no se habia sentido con fuerza para recibir ni ver á nadie.

—¿Qué significa ese retraimiento? volvió la jóven á decir.

—Hoy.... hoy me sentia un poco enferma.

—Oh! y es verdad! estas muy variada.

—Te engañas, esto no es nada.

—Y yo que venia tan contenta á darte parte de mi felicidad!

—¿Qué quieres decir? preguntó Elena sintiendo el corazon saltar en el pecho.

—Oh! nada: no hablemos de mí, no nos ocupemos de esto, mientras tú....

—Te juro que estoy bien, y que será muy grato para mí que me cuentes tus alegrías: esto me animará, te lo juro.

—Siendo así....

—Puedes dudarle?

—No, ya sé que tomarás parte en mis dichas, y que bendecirás como yo al cielo, al saber que mis votos van á cumplirse.

—Cómo! tu votos? y cuáles son?

—¿Qué otros pueden ser que los de unir mi suerte al hombre que amo?

—Ah! y ese hombre...?

—Puedes dudar quien es, si tú has sido la única á quien he dicho su nombre?

—Expícatel! murmuró Elena cuyo semblante estaba tan blanco como la hoja de la azucena.

Fanni tomó su mano; se acercó mas á ella, y con un acento lleno de confianza y de cariñosa ternura,

—Ricardo ha pedido formalmente mi mano, la dijo, y mi padre se la ha concedido sin vacilar.

Elena sintió el golpe en medio del corazon; quiso hablar, quiso responder á Fanni, pero su labio no halló una frase y solo pudo remedar una sonrisa, pero tan amarga que mas parecia la expresion de un triste lamento.

—Yo creo que esta union estaba concertada de antemano, cuando vinimos aquí desde Inglaterra, por los autores de nuestros días, y que solo aguardaban para llevarla á cabo saber la impresion que uno produciámos en el corazon del otro; ¿tú sabes si yo amaba á Ricardo! tú sabes que ha sido el primero y el único hombre que ha hecho latir mi corazon, y que he creído digno de mí!

—Sí, si ya lo sé! murmuró Elena muy bajo.

Y despues, como si quisiera buscar fuerzas y consuelo para aquel dolor,

—Y creo que serás muy feliz! es verdad que lo serás? añadió fijando sus hermosos ojos en su

hermana, y encontrando en su inocente alegría la recompensa de su noble accion.

—Oh! sí; como ninguna mujer, como ninguna; por eso he venido aquí á buscarte para depositar en tu seno mi placer: cuando la ventura rebosa en nuestro corazon necesitamos un corazon amigo, que nos ayude á contenerla, y yo te quiero tanto! ya sabes que desde el dia que te vi te amé y quise llamarte mi hermana. ¿Á quién, pues, mejor que á ti habia de hacer partícipe de mis sueños y de mis esperanzas?

Aquellas dulces palabras eran un bálsamo para el espíritu de Elena. El desinteresado y santo cariño de Fanni, la daba todo el consuelo á que podia aspirar entonces.

—Mi padre, continuó la hija del banquero; mi padre me ha colmado de regalos, celebrando así este acontecimiento: trajes, galas, flores, cuanto ha encontrado de mas rico y bello, todo ha sido comprado para mí. Oh! yo estoy muy contenta, y te suplico que vengas conmigo: no tengo madre con quien consultar mis adornos, y quiero que tú me ayudes á elegir mi corona y mi velo de desposada.

—Yo!

—Sí: mi padre tambien lo desea; ¿te negarás á complacerme?

Elena pasó la mano por su frente, por la que corrian algunas gotas de sudor.

Aquella mano estaba helada!

—No me respondes? la preguntó Fanni de nuevo.

—Es que mi abuelo.... no se si él....

—Bah! eso es lo de menos; yo me encargo de rogarle que vengas.

Y sin aguardar la respuesta de la jóven salió de la estancia, y con el aturdimiento de sus pocos años, y de su inmensa alegría, se dirigió al gabinete del anciano á quien espuso su petición.

D. Martin cedió sin dificultad alguna.

Qué otra cosa podia hacer? cómo mostrar á los extraños los pesares que amargaban su alma y la de su nieta? cómo hacer publicas las nubes que oscurecian su hogar?

Era preciso ocultar á todos sus disgustos; era preciso que el mundo nada sospechase.

Las dos jóvenes, pues, salieron juntas para ir al palacio de Héctor.

Éste las aguardaba con impaciencia.

Aunque Elena no le habia manifestado la conducta que iba á seguir, la sabia perfectamente, pues al ver á Ricardo pedirle la mano de Fanni habia comprendido, aunque á medias, el sacrificio de Elena.

Al ver á ésta, pues, corrió á su encuentro, y

estrechó su mano en silencio; pero su corazon sintió una dolorosa impresion al ver el entristecido y pálido rostro de la jóven.

Fué á hablarle, pero ella clavando una significativa mirada en Fanni, selló sus lábios.

Solo la futura esposa de Ricardo era feliz, y no adivinaba el mundo de pesares, y afanes que costaba aquella felicidad y aquella paz.

Sin reparar en la turbacion de su padre, ni en el pesar de su amiga, fué y vino mil veces: des envolvió cajones y cómodas y presentó á los ojos de Elena un mundo de sedas y blondas, pidiéndole su parecer y esperando su opinion.

María, su doncella, vino á avisarla que su modista la aguardaba en su tocador.

—Ven conmigo, dijo entonces dirigiéndose á Elena, y dejando caer en su precipitacion una linda rama de azahar, que formaba parte de su corona nupcial; ven conmigo.

—No, se apresuró á responder Héctor; vé sola, y entretanto, yo consultaré con Elena acerca del mueblaje de tu nueva habitacion.

—Está bien, exclamó ella con alegría. Y dirigiéndose á Elena, te advierto, añadió, que todo lo encontraré bueno y bello, porque la felicidad le ilumina y lo hermosea todo en torno nuestro.

Y salió de la estancia seguida de su doncella.

Cuando Héctor y Elena quedaron solos, el primer movimiento de éste fué acercarse á su hija, y despues de convencerse que nadie les veia, la estrechó contra su pecho y besó su frente.

—Qué has hecho para conseguir tales resultados? murmuró casi á su oido: Ricardo me ha pedido la mano de Fanni.

—Ya lo sé, contestó ella tristemente; acaba de decírmelo hace un instante.

—¿Le has visto? ¿le has hablado acaso?

—Una sola vez.

—¡Ah! y en ella....

—Me ha creído perjura, me ha creído acaso culpable.

—¿Cómo!

—Ha sabido nuestra cita en San Ginés.

—¿Y tú....?

—Le he dejado en su error.

—¿Qué has hecho?

—Era el medio mas seguro y mas pronto de extinguir para siempre su amor.

—¡Hija!

—He sufrido mucho! y no he sido yo sola: el noble anciano á quien debo dos veces la vida ha recibido tambien un golpe cruel.

Héctor, aterrado, miraba á Elena, mientras el acento lento y tristísimo de ésta desgarraba su corazon.

—Yo, continuó ella; juré en el fondo de mi corazón contribuir á su salvación de V., separar con todas mis fuerzas la ruina de su frente y lo he conseguido; ya está hecho: ahora.... pasará algún tiempo.... mi abuelo me perdonará, porque me ama mucho.

—¡Perdonarte á tí, pobre ángel! y ¿de qué? exclamó Héctor con dolor; ¡perdonarte á tí porque eres desgraciada solo!

—El no lo cree así; pero ¿qué me importa? ¿de qué le sirve un rayo de luz al que ha quedado para siempre ciego?

—¡Y no poder darte la dicha, no poder ofrecerte la felicidad en pago de tu abnegación!

—La dicha, padre mío, no es el patrimonio de las almas sobre la tierra; la dicha no está al alcance de nuestra mano: está mas alta, mucho mas alta: está en el cielo!

—¡Oh! y quién te dá valor para aguardarla solo allí?

—Dios en quien creo, Dios en quien espero.

Al decir estas palabras, un pensamiento sublime y grande cruzó por la mente de Elena; pensó en su madre, en el afán eterno de la pobre Consuelo, y fijó en su padre una mirada de indescriptible ansiedad.

—Yo quiero también hacer algo por tí, exclamó Héctor conmovido; yo quiero hacer algo por tí, escucha: te he encontrado al cabo de tantos años! te he hallado noble y pura; dispuesta á amarme, dispuesta á perdonar, sin derecho alguno de mi parte á tu cariño ni á tu perdón; tú sabías lo culpable que fui para tu madre, tú sabías lo culpable que fui para tí, y sin embargo, al ver mi suerte en tus manos, y en tus manos casi la felicidad de esa otra hija á quien debías aborrecer, te has sacrificado por mí, le has dado á ella tu parte de felicidad, y no contenta aun nos das á ambos parte en tu cariño, parte en tu corazón! esto merece una recompensa, hija mía, y estoy dispuesto á ofrecértela. Lo que te dije el primer día te repito ahora: ¿qué quieres de mí? yo puedo darte mi nombre, la mitad de mi fortuna! yo puedo hacer todo, todo lo que exijas de mí!

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

VARIETADES.

FELIZ EL QUE POR SUS HERMANOS EXPONE SU VIDA.

Veamos otro rasgo extraordinario de la vida de monseñor Apodion.

Dan las doce de la noche; un viento huracanado molesta un poco á los transeúntes y á los que quisieran conciliar el sueño; puertas y ventanas, nada está quie-

to. Entretanto, oyense gritos de terror, alaridos que parten el corazón más endurecido.

Vése á lo lejos resplandor rojizo, acompañado de mucho chisporroteo. Acaba de incendiarse un almacén de maderas y leña: los pisos superiores están habitados por varias familias muy pobres. Difícil, si no imposible, es describir la escena de espanto que se presenta ante el espectador. Los bajos de la casa completamente incendiados, el techo próximo á hundirse, las ventanas llenas de gente, vestidos unos, desnudos otros, todos gritan, todos lloran, y por amor á Dios y á su santísima Madre piden socorro. Los vecinos corren en busca de escaleras y cuerdas con las que logran salvar algún desgraciado, mientras otros tienden colchones al suelo, donde se arrojan desde las ventanas los más atrevidos, no sin reportar alguna fractura. Por fin todos logran salvarse, y el interés de los vecinos está en cortar el fuego para que no se comunique á las casas vecinas. Cuando todos creían salvados á los moradores de la casa, oyense grandes alaridos y gritos de socorro. En una ventana del piso superior aparece un niño de nueve años cogiendo del brazo á otro de cinco buscando por dónde escapar, pero las llamas les rodean... ¿Quién los salvará? Su padre está de dependiente en una casa, y no ha regresado todavía. Todos los corazones palpitan de dolor al contemplar tan triste escena, pero nadie sabía cómo socorrer á los infelices. Arrimábanse escaleras á la pared, probaban algunos de subir, pero al verse envueltos por las llamas desistían de su generosa empresa. En medio de la confusión y angustia aparece la gran figura de Mons. Apodion: al ver á los dos infelices niños se siente movido á compasión, y al mismo tiempo de horror por el peligro en que están. Para animar á alguno de los circunstantes ofrece cien luises en oro al que salve á los niños. Nadie, sin embargo, se atreve á arrostrar el peligro, creyendo que tal vez el premio no sea proporcionado al trabajo: ofrece doscientos, pero todo inútilmente.

Entretanto, los pisos bajos comienzan á hundirse, los niños gritan desesperadamente, muchas madres se desmayan y otras huyen para no presenciar escena semejante. Monseñor, lleno del fuego de la caridad, exclama: «No le place al Señor que contemplemos á las dos víctimas inocentes muriendo entre las llamas; El nos dió el ejemplo de morir para salvarnos. Lo que vosotros no os atreveis á hacer, voy á practicarlo en nombre del Señor.» Manda juntar dos escaleras, las arrima á la pared y comienza á subir, desapareciendo envuelto entre las llamas. Entretanto, reina un silencio sepulcral, callan los labios, pero los corazones laten de zozobra y algunos dirigen al cielo el incienso de la oración. Arde la escalera que parece próxima á derrumbarse; nadie se atreve á mudarla porque las llamas no dejan ver si el Arzobispo está apoyado en ella: poco despues se presenta el Prelado bajando la escalera con un niño en las espaldas y otro en los brazos, aclamándole el pueblo por su providencia y consuelo. El Prelado entretanto exclamaba: *Non nobis Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam.*

¿Por qué son tan raros en el mundo actual esos grandes corazones? ¿Por qué no sirven de ejemplo á las generaciones todas? ¿Por qué leemos y admiramos estos rasgos y quedan endurecidos nuestros corazones?

P. V.

GRANADA:

IMPRENTA DE D. FRANCISCO REYES,
calle Alta del Campillo.